

Imaginar África. Los estereotipos occidentales sobre África y los africanos

**Antoni Castel y
Jose Carlos Sendín (Eds.) (2009)**

Madrid: Catarata

Es bastante común, incluso en la literatura especializada, referirse a África como el continente olvidado. Sin duda, los esfuerzos realizados en la línea del libro al que aquí nos referimos, contribuyen de forma significativa a mitigar tal ausencia. Sin embargo, habría que señalar que no se trata de una obra al uso. Indaga fundamentalmente en la percepción que tienen las sociedades occidentales del continente Negro. Ciertamente, a menudo las imágenes de África y los africanos aparecen distorsionadas en la retina de las sociedades norteamericanas. Los procesos de comunicación juegan un papel determinante en este fenómeno. Tales procesos contribuyen a mostrar, en demasiadas ocasiones, un retrato desfigurado por estereotipos meticulosamente contruidos que tienden a perpetuar la idea de un continente "habitado por seres incapaces de organizarse y que se aferran a unas tradiciones incompatibles con los valores occidentales, en especial con la democracia liberal" (p. 8). Esta obra, a través de las aportaciones de nueve africanistas, trata de desenmascarar el porqué, el cómo y el cuándo de la construcción de este imaginario sobre lo africano. Representa, por tanto, una crítica enérgica y valiente sobre la forma en la que las sociedades occidentales han construido una idea parcial y estereotipada de lo que ocurre en pleno siglo XXI al Sur del Mediterráneo.

Ferran Iniesta se propone explorar en la raíz más antigua de nuestra imagen del negro (p.13). Repasa las principales influencias recibidas por el pensamiento occidental en perspectiva histórica y se remonta a la Antigüedad, encontrando en los pretendidos derechos bíblicos, la legitimidad occidental para esclavizar al negro por su evidente

animalidad y carencia de alma (p. 16). Iniesta ilustra cómo más tarde esta herencia esclavista sería cuidadosamente reconducida a través de las obras de pensadores ilustrados hacia el racismo y la xenofobia. Lamentablemente, algunos de los estereotipos en los que se cimentaron tales ideologías hoy perviven en nuestras sociedades provocando una degradación imaginaria del negro que aún debe ser reparada.

Antoni Castel comienza su contribución con una sentencia vehemente "los medios de comunicación maltratan a África" (p. 35). El autor, preocupado por las causas profundas de este paupérrimo tratamiento informativo del continente, apunta ya desde el inicio tres motivos. El primero de raíz histórica, coincide con el planteamiento ya señalado por Iniesta. Un segundo, guardaría relación con el eurocentrismo que desdeña cualquier visión diferente del desarrollo y del progreso económico y social. Finalmente, sobre este telón de fondo, los medios de comunicación proporcionarán la tercera causa. Ésta tendría su origen en la superficialidad del tratamiento informativo y la necesaria espectacularidad de lo "noticiable". Ambos factores contribuyen de forma decisiva a presentar ante la opinión pública un África caótica, violenta, hambrienta y dependiente de Occidente.

De nuevo los medios de comunicación son objeto de escrutinio en la contribución de Gerardo González Calvo. La versión de este último no resulta disonante respecto a la de Castel. El "silencio clamoroso" mantenido por los medios respecto a África es producto del papel marginal que ocupa el continente en el esquema de comunicación social occidental. El africano, según el autor, "no da juego informativo, "no produce negocio". A esta cuestión meramente pecuniaria, se une la falta de respeto en el tratamiento informativo de las cuestiones africanas que, en alguna medida, es un subproducto de la ausencia de interés por conocer la realidad sobre la que se informa.

En la misma línea argumental, José Carlos Sendín, bucea en la exposición mediática del genocidio ruandés en TVE. A través de las conclusiones de un laborioso estudio, Sendín apunta que las causas del conflicto fueron relegadas en el tra-

tamiento informativo de la cuestión. Contrariamente, la cobertura se centró en lo que el autor denomina “la crisis humanitaria africana”, preocupándose sólo de las consecuencias más llamativas del conflicto: matanzas, refugiados, hacinamiento, hambre y miseria. No es extraño que el autor se refiera a tal tratamiento como “un acto de desinformación” asimilable a un “infogenocidio”.

Joseph M. Català aborda la cuestión de la representación de África en la cinematografía de Occidente. Repasa las distintas fases de desarrollo histórico del cine occidental y concluye que las ingenuas miraras de antaño han dado paso a la transmisión de una imagen de “continente oscuro” donde “se representa de forma constante y variada la más genuina versión del Apocalipsis que Occidente puede contemplar en la actualidad” (p. 89).

Lola López destina su contribución, por una parte, al análisis del discurso humanitarista occidental en relación a los menores subsaharianos y, por otra, al impacto ocasionado por el mismo en la construcción de nuestro imaginario sobre la cuestión. Alertada por las acusaciones de tráfico de niños a ONGs, da cuenta de cómo las sociedades del Norte han traspasado el límite de la mera apropiación simbólica de los niños del Sur, llegando en la actualidad a la apropiación real de los menores en virtud de una pretendida superioridad económica y moral.

Gustau Nerín destaca el papel que ha desempeñado la literatura en la creación del imaginario europeo sobre África en los últimos 150 años. Más concretamente, se centra en el tratamiento literario español y catalán en relación con la única colonia española en el África Subsahariana. Señala que, curiosamente, Guinea Ecuatorial no atrajo el interés esperado por parte de literatos e intelectuales de la época, más interesados en las colonias norteafricanas. El autor llama la atención sobre la persistencia del tono colonial en muchas de las publicaciones actuales sobre el tema guineano y concluye que “la literatura de temática guineana todavía está por descolonizar” en el Estado español.

La dimensión religiosa del problema es analizada en la contribución de Jean-Bosco Botsho. El cristianismo y el Islam, en opinión del autor, con-

tinúan siendo “los agentes más eficaces en el arte de construir, consolidar y propagar estereotipos perjudiciales” (p. 129) sobre África. Más concretamente, el catolicismo se ha mostrado “especialmente combativo” con las tradiciones africanas. Los africanos, carentes de los valores universales atribuibles a los Occidentales, necesitan de la labor evangelizadora de este último para liberarse de su atavismo y animalidad. La labor misionera, en suma, ha contribuido de forma determinante a conformar la imagen de un continente poblado por seres “infantiles, irresponsables, pobres y necesitados” (p. 137). El autor insiste en la necesidad de sentar las bases de “una cultura del pensamiento dialogante” entre el catolicismo occidental y los africanos que, partiendo de una reflexión crítica, permita la renovación de las visiones estereotipadas del otro.

El cierre de la obra corre a cargo de Donato Ndongo-Bidyogo. Las reflexiones del autor parten de una experiencia vital a medio camino entre África y nuestro país. Para el autor los estereotipos son reales. Aparecen ante él en forma de mujer blanca compasiva que se detiene en plena calle y le propone adoptar a su propio hijo. Las causas de tal comportamiento han sido ampliamente exploradas a lo largo de esta obra. Ndongo-Bidyogo no hace otra cosa que dar testimonio de sus efectos de una forma magistral a la vez que apunta cuáles podrían ser las vías de actuación para que “se perciba al africano como un ser humano más”, rompiendo así con los estereotipos negativos que, desafortunadamente, parecen instalados de forma tenaz en nuestras sociedades occidentales. Sin duda, es esta una obra que invita a la reflexión individual y colectiva.

Leire Moure